

Cierta tarde de junio de 1906 se produjo un hallazgo revelador en Gargas, pueblito del Pirineo francés famoso por sus grutas, ocupadas por humanos desde el Musteriense. Félix Regnault, librero de Toulouse y paleontólogo amateur, lleva casi siete lustros visitando las cuevas, pero hasta aquel día no descubrió unas llamativas pinturas sobre las cortinas calcáreas de las paredes: docenas de manos estampadas en negativo con plantillas de merced a una mezcla de ocre, óxido de hierro y manganeso y grasa animal. Las hay de muchos tipos: rojas, negras, infantiles, adultas, sueltas, separadas... Todas tienen algo común: les faltan uno o más dedos. ¿Quién no recordará las de la cacereña cueva de Maltravieso, al parecer mucho más antiguas?

Como explicación del fenómeno, se propondrán distintas explicaciones. Por encima de otras, se impuso la de una amputación ritual, claramente simbólica, con vistas a danzas o cultos de carácter religioso. En cualquier caso, aquel hombre primitivo, habitante de las cavernas, parece haber adquirido ya una dimensión vertical, el impulso hacia la trascendencia.

Así lo propone el autor en las páginas iniciales de su sugerente, caleidoscópico, documentado y bien escrito ensayo. Bruno Remaury (n. 1961) estudió Bellas Artes en Toulouse y se doctoró en Antropología Social en la Escuela de Estudios Superiores de Ciencias Sociales de Pa-

¿Horizontal o vertical, el hombre?

Historia e intrahistoria. Los habitantes de las cavernas parecen haber adquirido ya una dimensión vertical, el impulso hacia la trascendencia. Así lo propone Remaury en las páginas iniciales de su sugerente, caleidoscópico, documentado y bien escrito ensayo

MANUEL
PECELLÍN



ris. Ha sido profesor en el Instituto Francés de la Moda, donde dirigió una colección de libros especializados. Autor de numerosas y apreciadas publicaciones, acaba de aparecer en Francia su libro 'Sur toute la surface de la Terre', con estructura semejante al que aquí se reseña y cuya aparición data de 2019 (Éditions Corti), traducido ahora al castellano por Blanca Gago.

El mismo año que Regnault descubre aquel santuario paleolítico (25.000 a. C.), otras manos grabarán sus huellas negras en paredes, las de las galerías carboníferas de Courrières, donde acaba de ocurrir la mayor catástrofe minera contemporánea. Sólo se salvan trece hom-



EL MUNDO HORIZONTAL
BRUNO REMAURY
Editorial: Periférica. Cáceres, 2025.
152 páginas. 18 euros

bres (algunos son tiernos adolescentes) de los casi 2.000 que allí laboraban antes del grisú inflamado. Los dueños, ingenieros y capataces, con la complicidad de las autoridades, al conocer la explosión deciden salvar la mina, aunque perezcan los trabajadores, y ordenan cerrar las salidas y cortar el aire para que no se incendien las vetas. Podrían constituir un ejemplo de dimensión horizontal. La misma que el ensayista detecta en otros casos históricos, aquí referidos minuciosamente y que cabe entender como auténticos «archivos de la humanidad». Tremendo resulta el de Isaac Woodard, pacífico soldado que sufre toda clase de vejaciones policíacas cuando regresa a USA

desde Vietnam. ¡Pero es un negro! Por no decir el de Marie, rica burguesa incapaz de comprender las reivindicaciones de los obreros: vive en una casa señorial sobre la colina en cuyas faldas funciona la fábrica... que explota y deja decenas de trabajadores muertos.

Son pasajes álgidos de una obra poliédrica, que también puede detenerse y ofrecer algunos análisis sobre la doble proyección de los humanos en los afanes descubridores de Cistóbal Colón y Américo Vesputio, las pinturas de Jackson Pollock, los dibujos de Leonardo da Vinci, las fotografías de August Sander y Diane Arbus o las angustias de la joven emigrante europea inmigrante recién llegada a Ellis Island hasta afincarse en USA, país cuyas pretensiones de supremacía mundial resultan discutibles.

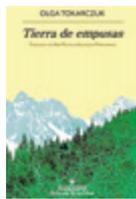
El título evoca forzosamente el de la novela que Helen Eustis publicó en Buenos Aires el año 1946 (Editorial Estuario), 'El hombre horizontal'. Por mi parte, tras sosegada lectura, suscribo sin reservas la conclusión de la sinopsis editorial: «Con un portentoso don para establecer asociaciones, un ritmo narrativo extraordinario y una escritura en estado de gracia en la que se da una perfecta comunión entre el arte del relato y la especulación ensayística de indole antropológica, en la estela de Quignard o Michon, Remaury desentraña los hilos invisibles con los que se entretrejen los azares de la Historia y la intrahistoria».

El bosque mágico

La misoginia y el terror se mezclan en esta novela de Olga Tokarczuk que rinde homenaje a Thomas Mann y 'La montaña mágica'

PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA

Cien años después de 'La montaña mágica', otro premio Nobel hace llegar a un joven tuberculoso a un sanatorio de montaña en vísperas de la Gran Guerra. El enfermo es Miecyslaw Wojnicz, un estudiante de ingeniería polaco, huérfano de madre e hijo único de un padre severo, que oculta un secreto y siente un miedo constante a ser espiado. El sanatorio está en un pueblo de la Baja Silesia llamado Görbensdorf. La autora que homenajea a Thomas Mann es Olga Tokarczuk y eso transforma 'Tierra de empusas' en un experimento lleno de intención. 'La montaña mágica' viaja en estas páginas hacia un territorio próximo al te-



TIERRA DE EMPUSAS
OLGA TOKARCZUK

Traducción: Abel Murcia y Katarzyna Moloniewicz. Editorial: Anagrama. 340 páginas. 21,90 euros

rror mientras vemos cómo irrumpe en una novela de ideas canónica y señorial –también repleta de señores– el debate contemporáneo sobre feminismo y género.

Alojado en una pensión cercana al sanatorio, Wojnicz convive con un grupo de caballeros convalécientes que alterna los paseos con las comidas regadas por un licor local de extrañas propiedades y, sobre todo, con inabarcables discusiones sobre histo-



Olga Tokarczuk ganó el Premio Nobel de Literatura en 2018. HOY

ria, ciencia y filosofía. El protagonista pronto advierte que todas terminan en el mismo punto: la mujer como problema. El otro asunto del que Wojnicz pronto se percató es que hay algo peligroso en Görbensdorf. Tiene que ver con las desapariciones que en la zona parecen achacar a unas brujas –las empusas del tí-

tulo son las lamias griegas citadas por Aristófanes– que se refugiaron en los bosques.

Tokarczuk mezcla registros con su habilidad habitual. En el dibujo de los pacientes –un coro pomposo en el que hay artistas, teósofos, conservadores y socialistas– brilla el feliz pastiche; en las incursiones en el mundo del bos-

que, todo es en cambio enigmático, sonoro y primordial. Cuando los registros se cruzan –por ejemplo en la excursión nocturna a una fonda situada en un lago– la novela alcanza un nivel extraordinario. La autora maneja con maestría un narrador omnisciente que se hace a un lado para dejar paso a un coro misterioso, plural y femenino que entra y sale de la misma naturaleza y es capaz, por ejemplo, de abandonar la acción para describir con detalle lo que ocurre en el mundo en el momento exacto del equinoccio de otoño. «Nadie lo percibió», aclaran. «Pero nosotras lo sabemos». Es uno de los grandes momentos de una novela personal, brillante y repleta de significados.

El texto apenas desfallece un tanto en el último tercio, antes de un final apoteósico, y el lector apenas advierte el leve desajuste de la excesiva tendencia de los discursos de los compañeros del protagonista. Al final del libro Tokarczuk revela que las teorías misóginas expuestas por esos personajes son en realidad paráfrasis de los autores más respetados de nuestra tradición, desde Platón a Sartre.